

Presencia africana en Centroamérica

Luz María Martínez Montiel
coordinadora



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

**PRESENCIA AFRICANA
EN CENTROAMÉRICA**

Luz María Martínez Montiel
coordinadora

**CLAVES DE
AMÉRICA LATINA
NUESTRA TERCERA RAÍZ**

PRESENCIA AFRICANA
EN CENTROAMERICA

PRESENCIA AFRICANA EN CENTROAMERICA

Luz María Martínez Montiel
coordinadora

I. La población negra en el centro de América	11
Introducción	11
Música, creóles y gaitanes	22
Relaciones interétnicas	42
Historia de los mulatos	48
Historia creóla	54
II. Las relaciones afrocentradas de México, Colombia y Guayana en el centro de América	61
Introducción	61
La cultura creóla	67
La cultura guayanesa	82
Los afrocentrados en el centro de América	94
III. Presencia y ausencia de la población negra en El Salvador	101
Introducción	101
Presencia y ausencia de la población negra en El Salvador	101
Producción: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes	101
D. R. © Dirección General de Cultura y Artes	101
Av. Revolución 1877, 5o. piso	101
San Ángel, C.P. 01000	101
México, D.F.	101
TELÉFONO 568-29-6007	101
Impreso y hecho en México	101

CLAVES de
AMÉRICA LATINA
NUESTRA TERCERA PAZ



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

PRESENCIA AFRICANA
EN CENTROAMÉRICA

Luz María Martínez Montiel
coordinadora

Primera edición: 1993

Producción: Dirección General de Publicaciones del
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA
Y LAS ARTES

D.R. © Dirección General de Culturas Populares
Av. Revolución 1877, 6o. piso
San Ángel, CP 01000
México, D.F.

ISBN 968-29-5607-2

Impreso y hecho en México

Índice

Prólogo	9
I. La población negra en el istmo centroamericano, <i>Francisco Lizcano</i>	31
Introducción	31
Mulatos, creoles y garífunas	32
Relaciones interétnicas	42
Historia de los mulatos	48
Historia creole	54
II. Las culturas afroamericanas de Belice: criollos y garífunas en la identidad pluriétnica de su país, <i>Francesca Gargallo</i>	61
Agradecimientos	61
Introducción	61
La cultura criolla	76
La cultura garífuna	84
Los afroamericanos en la política beliceña	96
III. Presencia y ausencia de la población negra en El Salvador, <i>Francisco Lizcano</i>	103
IV. Presencia negra en Honduras, <i>Rafael Leiva Vivas</i>	113
Introducción	113
Política colonizadora	114
El sermón de Montesinos	116
La Junta de Burgos	116
Presencia del negro	117
Despojos de la conquista	119
El recurso del esclavo negro	120
Tierra rica en oro	121
Piratas y contrabandistas	128
Abolición de la esclavitud	131

La guerra de los Siete Años (1856-1863)	136
Poblada de negros	141
Agotamiento de yacimientos	144
Balance real	147
Una cultura en movimiento	148
V. La población de origen africano en Nicaragua, <i>Germán J. Romero V.</i>	151
Introducción	151
Las corrientes migratorias en Nicaragua	152
El negro en la sociedad hispano-india entre 1523 y 1821	156
La población de ascendencia africana en la región del Atlántico (siglos XVII-XIX)	174
Conclusión	195
Bibliografía	196
VI. Presencia y aportes de la africanía en Costa Rica, <i>Quince Duncan</i>	199
Introducción	199
El negro colonial	199
Inmigración antillana	204
Características de la población antillana	207
Relaciones interraciales	209
La situación del antillano hoy	212
Bibliografía	215
VII. El negro en Panamá, <i>Manuel de la Rosa</i>	217
Introducción	217
Cifras de los esclavos africanos en Panamá	217
Destino e inserción en la economía colonial local	225
Legislación esclavista y estatus del negro en la sociedad colonial	246
Aportaciones a la cultura nacional: música, bailes, religión	264
Proyección histórica y perspectivas de la población afroamericana en Panamá	280
Conclusión	288
Bibliografía	290

Prólogo

La estrecha vinculación que existe actualmente entre el área centroamericana y México tiene su origen en procesos históricos comunes que unieron, desde tiempos remotos, el desarrollo de sus pueblos al compartir igualmente las etapas coloniales, e incluso las más cercanas, como la independencia, emancipación y anexión de la América Central a lo que fue el efímero imperio de Iturbide. En esta historia compartida, el proceso esclavista, presentó algunas semejanzas entre las dos regiones debido a que, también, los dos factores que enmarcaron la inmigración forzada de los africanos fueron los mismos en sus líneas esenciales.

En Centroamérica, como en México, parece no haber sido necesaria la importación de esclavos africanos en gran escala, porque la mano de obra indígena se conservó, a pesar del despoblamiento que causó la explotación de los territorios conquistados por los españoles. Liberado el indio después de su esclavitud, menguada su población por las enfermedades, tuvo que ser reforzado en el trabajo por el africano que se importó para aumentar la producción. Las Nuevas Leyes en donde la corona establecía la libertad de los indios y la prohibición de utilizarlos en el trabajo de las minas, obligó a los españoles a explotar los minerales con población africana y europea, aunque en la práctica no dejó de utilizarse a indios junto a negros en la extracción del mineral, con desventaja para los primeros, ya que los negros llegaron a ser capataces de cuadrilla.

En cumplimiento de los primeros asientos, alrededor de 1540, se recibieron en Honduras los negros destinados al trabajo de minas, repartiéndose entre Gracias a Dios, Comayagua y San Pedro, para después hacerlos llegar hasta Trujillo. El oro reclamaba abundante mano de obra y los caminos para sacarlo también, por lo tanto se procuró ocupar esclavos para ambos trabajos, puesto que la minería se había convertido en la fuente principal de la economía en Honduras. Para 1600, las minas de Tegucigalpa estaban en pleno apogeo de producción; en esos años y los siguientes se mencionan continuas arribadas de navíos cargados de esclavos, y se dice que el territorio está "lleno de negros". Indios y negros sostienen el peso de la producción colonial, pero mientras que hay leyes a favor de los primeros,

I. La población negra en el istmo centroamericano

Francisco Lizcano

Introducción

En el presente texto se dividió a la población istmeña de origen africano en tres grupos culturales: mulato, creole y garífuna. En sus dos primeros apartados, además de caracterizarse a cada uno de ellos, se señalan sus respectivas importancias demográficas en distintos ámbitos geográficos. A nivel regional, la significación de todos ellos es reducida, pues el más numeroso, el de los mulatos, no alcanza a representar el cuatro por ciento de la población total. Éstos se concentran en Costa Rica y, sobre todo, en Panamá, donde constituyen alrededor del 40 por ciento de la población nacional. Los creoles y garífunas, así como los indígenas "anglizados" se asientan casi exclusivamente en la fachada caribeña del istmo. Este hecho, que confiere a dicha fachada un intenso carácter de raigambre africana e inglesa, contribuye de manera decisiva a diferenciar del resto de la región a esta parte de América Central. Los creoles representan porciones significativas de la población en las provincias de Bocas del Toro, en Panamá, y Limón, en Costa Rica, así como en el municipio nicaragüense de Bluefields y en el Estado de Belice. Este país, en el que los creoles constituyen el grupo étnico más numeroso, es el único en Centroamérica donde el número de éstos adquiere una significación notable a nivel nacional. Los indios "anglizados", principalmente misquitos, tienen gran trascendencia en los municipios nicaragüenses de La Cruz de Río Grande, Prinzapolka, Puerto Cabezas y Cabo Gracias a Dios, así como en el departamento hondureño de Gracias a Dios. Por último, aunque en la mayor

parte de los casos su peso demográfico local es menor al de los otros dos grupos, la magnitud relativa de los garífunas no deja de ser reseñable a lo largo de la porción de la costa caribeña que se extiende entre el departamento hondureño de Colón y el distrito beliceño de Stann Creek.

En el tercer apartado se examina la evolución de las relaciones interétnicas en América Central durante la segunda mitad del siglo XX, poniendo de manifiesto, por un lado, la permanencia de la secular y recíproca animadversión entre sus conjuntos culturales anglomestizo e hispanomestizo. Por otro, el debilitamiento del marcado sesgo racista que venía caracterizando a la estructura social del mundo anglomestizo. Este proceso se ha hecho visible tanto en Belice como en otras zonas de este mundo que, en las últimas décadas, vivieron una intensa y progresiva "hispanización".

La comparación entre las historias de la esclavitud en las sociedades anglo e hispanomestiza, pone de relieve que sólo la primera merece el calificativo de esclavista, pues en la segunda los esclavos desempeñaron un papel secundario, incluso en el caso de Panamá. Respecto a la historia de la población mulata o afrohispana durante el periodo monárquico, se indica que ésta fue mucho más importante en Panamá que en el Reyno de Guatemala, si bien en el momento de la independencia su significación no era escasa en Nicaragua ni Costa Rica. Hasta la segunda mitad del siglo XIX, los creoles se concentraron, principalmente, en Belice y la Mosquitia. Hasta 1787 casi todos trabajaban como esclavos de los ingleses en ambos territorios, pero a partir de esta fecha la mayoría de los creoles de la Mosquitia, alejados de la influencia inglesa, obtuvieron la libertad y consiguieron un notable poder económico y político a nivel local. Con la implantación de compañías transnacionales, el mundo creole y anglomestizo se expandió hacia Panamá, Costa Rica y el litoral continental hondureño, lugares donde se reprodujo la mencionada estructura social de marcado perfil racial.

Mulatos, creoles y garífunas

En el ámbito del continente americano, la población negra del puente istmico sobresale por la variedad de sus rasgos culturales. En la actualidad, está integrada por tres grupos claramente diferenciados

por características específicas, cuyo fundamento no se encuentra en las disparidades africanas originales —lo cual resulta lógico, si se considera el interés sistemático de los esclavistas en dividir a los miembros del mismo pueblo para disminuir el riesgo de sublevaciones—, sino en las distintas influencias que esta forzada migración recibió en América. De acuerdo con los nombres que con mayor frecuencia han servido para su identificación, dichos grupos serán denominados en el presente texto con los siguientes términos: *mulato*, integrado por los descendientes de españoles y africanos al margen de la coloración más o menos oscura de su piel; *creole*, con ascendientes anglosajones y africanos, y *garífuna*, que une los rasgos africanos con los de los indígenas de las pequeñas Antillas.

El grupo mulato es, quizás, el más numeroso, pero también el más difícil de cuantificar. En la mayoría de los casos, los creoles y los garífunas se distinguen con claridad de sus vecinos centroamericanos por su lengua, cuando no también por su religión y sus costumbres. No sucede lo mismo con los mulatos, quienes comparten una misma lengua —el castellano— y religión —la católica—, así como muchas costumbres con los mestizos y criollos con quienes conviven. Este hecho hace comprensible que las estadísticas que pudieran permitir la cuantificación de los mulatos, en ocasiones, ni siquiera los distinguan y, cuando lo hacen, no sea de una manera fidedigna.

Los grupos mulatos detectados, que representan probablemente menos del cuatro por ciento de la población regional, viven en Panamá y Costa Rica. La inmensa mayoría reside en el primero de estos países, pero, de acuerdo con lo señalado en el texto de Quince Duncan, la amplia presencia de rasgos de origen africano en la provincia costarricense de Guanacaste y algunas zonas vecinas, pone en evidencia la existencia de sectores no desdeñables de población que podrían ser calificados como mulatos en el Pacífico norte de Costa Rica. Las características negras de estos sectores son tanto biológicas como culturales, pues se manifiestan en, entre otros aspectos, la música, la danza, los cuentos, los refranes y las adivinanzas.¹

La población mulata en Panamá es difícil de cuantificar, pues comúnmente se la incluye dentro de la categoría de mestizos. Sin

¹ Para ampliar información leer Carlos Meléndez y Quince Duncan, *El negro en Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica, 1974, pp. 49-55.

embargo, se puede estimar que representaba alrededor del 40 por ciento de la población total, es decir, unas 800 000 personas al comenzar la década de 1980. En las estadísticas correspondientes, el grupo mestizo representaba el 60 por ciento de la población total, pero no resulta aventurado suponer que, por lo menos, la mitad de este porcentaje estaba integrado por mulatos, si se considera que al final de la Colonia éstos eran, como se sostiene más adelante, mucho más numerosos que los indohispanos. Por otra parte, el grupo de negros representaba un 14 por ciento, del cual un cinco por ciento sería de angloafricanos y el resto de mulatos.²

Aunque todos hablan castellano, se pueden distinguir dos grupos entre los afrohispanos panameños. El primero mantiene influencias africanas más intensas, pues desciende de cimarrones de la época colonial y habita en zonas selváticas del Darién, como en el río Bayano y en el archipiélago de las Perlas, frente a la costa del Pacífico. El segundo, que es mucho más numeroso, se concentra, sobre todo, en localidades cercanas al canal, como Colón, Portobelo, Nombre de Dios y la propia capital del país.³

Aun cuando la influencia africana en Panamá tiene una dimensión nacional al desbordar ampliamente los "límites" del grupo mulato, tal influencia se hace en éste más notoria, tanto en el aspecto biológico como en el cultural. La práctica de una "brujería" con fuerte raigambre africana es más frecuente en este grupo, cuyos miembros acostumbra, por otra parte, juntarse en "cabildo" para celebrar reuniones festivas donde un baile, de evidente ascendencia africana, desempeña un papel esencial y donde no suelen ser bien recibidos los otros grupos étnico-culturales.⁴

El grupo creole, que se concentra en los alrededores del canal de Panamá y a lo largo de toda la costa caribeña desde dicho canal hasta

² Marta Casaus Arzú y Rolando Castillo Quintana, *Centroamérica. Anuario 1989*, Madrid, Centro Español de Estudios de América Latina (CEDEAL), 1989, p. 917; John Holm, *Central American English*, Julius Groos Verlag Heidelberg, 1983, p. 8. En este segundo texto se calcula la población panameña que hablaba inglés en 1978, casi exclusivamente negra, en 100 000 personas, las cuales representan, aproximadamente, el cinco por ciento en que se ha estimado, aquí, a los angloafricanos.

³ Anita Herzfeld, "The Creoles of Costa Rica and Panama", en Holm, *op. cit.*, pp. 150-151; Helmut Nuhn *et al.*, *Zentralamerika; Karten zur bevölkerungs- und wirtschafsstuktur*, Hamburgo, Wirtschaftsgeographische Abteilung, 1975, pp. 45-50. En este último texto, se estima que en 1970 la población negra descendiente de cimarrones era de 40 000 personas.

⁴ César Huerta, antropólogo panameño, en entrevista con el autor, 24 de marzo de 1992.

el norte de Belice, tiene una importancia demográfica muy escasa en relación con la población total del istmo, pero se hace notable en la vertiente atlántica del mismo y, si se la considera a nivel nacional, varía significativamente de un país a otro. Respecto a 1978, la población istmeña, cuya lengua materna era el inglés, que *grosso modo* puede identificarse con el grupo angloafricano, fue estimada en 270 000 personas,⁵ es decir, no llegaba a representar el 1.3 por ciento de la población total, que sumaba 21 244 000 personas en el mismo año.⁶ Sin embargo, como en la región donde se asientan los creoles, salvo en la zona del canal, la densidad de la población es muy reducida, la importancia demográfica de éstos se hace notable, como se verá más adelante, en la mencionada costa caribeña de América Central.

Por otra parte, aunque el número de angloafricanos es mayor en Panamá (100 000) que en Belice (60 000), su importancia relativa es mucho menor en el primer caso, en el que apenas sobrepasan el cinco por ciento, que en el segundo, donde representan el 40 por ciento. Su significación en Costa Rica y Nicaragua es similar: en ambos casos rondan las 40 000 personas y en ninguno sobrepasan el dos por ciento de las poblaciones nacionales respectivas. En Honduras sólo suman 12 500, pero en Guatemala no alcanzan las 500 personas, ubicadas en la zona de Puerto Barrios, y en El Salvador, único país centroamericano sin costa al mar Caribe, no existen.⁷

A pesar de que los integrantes de este grupo comparten influencias anglosajonas similares —evidentes en el caso de la lengua y la religión protestante tan común entre ellos—, así como africanas, existen también diferencias que los dividen. Estas han sido estudiadas en relación con el idioma hablado. Los angloafricanos escriben igual que los ingleses, pero cotidianamente hablan un dialecto del inglés con influencias africanas, indígenas y castellanas, al cual se denomina *creole*. Sin embargo, éste no es uniforme en toda la región, pues entre otras cuestiones las mencionadas influencias varían de un lugar

⁵ Holm, *op. cit.*, p. 8.

⁶ Celade, *Boletín Demográfico*, vol. XVIII, núm. 36, Santiago de Chile, julio de 1985, cuadro 1. Las cifras utilizadas en este texto respecto a las poblaciones nacionales de los países istmicos fueron tomadas de esta fuente.

⁷ Holm, *op. cit.*, pp. 8, 32, 98; Meléndez y Duncan, *op. cit.*, p. 87. Coinciden con las cifras del libro de Holm, pues estiman que los creoles se habrían mantenido, desde 1950 hasta 1972, representando un 1.9 por ciento de la población total, es decir, 35 250 en 1972.

a otro. Debido a ello, se han establecido en el istmo centroamericano seis variantes de creole, algunas de las cuales admiten subdivisiones en su seno. El creole beliceño es el que tiene menor predominio del castellano. En los otros tipos de creole, aunque con claras diferencias entre sí en este sentido, tal ascendiente es progresivamente notorio. En las hondureñas Islas de la Bahía, unas 10 000 personas hablan una variedad específica del inglés que, por otra parte, no es idéntica a la que sirve de expresión a poco más de un par de miles de creoles distribuidos sobre la costa norte de Honduras, en localidades como Puerto Cortés, Tela, La Ceiba y Trujillo. Influido por el misquito, el creole surgido en la costa atlántica de Nicaragua manifiesta diferencias regionales entre algunas de las zonas donde se practica: Bluefields, Corn Island, Prinzapolca, Laguna de Perlas y Managua. Por otra parte, este creole es, a su vez, distinto del hablado por los también nicaragüenses indios ramas, que viven en una isla de la bahía de Bluefields llamada Rama Cay. La distribución del creole costarricense, que contiene elementos del lenguaje talamanta, abarca la costa atlántica del país desde la frontera con Panamá hasta los alrededores de Puerto Limón, pero desde esta localidad penetra hacia el interior siguiendo la vía férrea. El creole panameño se habla tanto en la capital y Colón como en Bocas del Toro, donde resintió la cercanía de los indios guaymies, y puerto Armuelles. La actividad económica de estas dos últimas poblaciones gira alrededor de la producción bananera, aunque la primera está ubicada en la costa caribeña y la segunda representa uno de los escasísimos enclaves creoles en el Pacífico.⁸

El tercer grupo negro de Centroamérica es el integrado por los garífunas o caribes negros, quienes, como los creoles, residen casi exclusivamente en las costas caribeñas del istmo. Sin embargo, el número de garífunas, que no alcanzaba las 90 000 personas en 1980, representa alrededor de la tercera parte del de los creoles. En el capítulo escrito por Francesca Gargallo se narra su historia y su mestizaje fundacional entre indígenas de las pequeñas Antillas y negros africanos. Baste ahora señalar, por tanto, en relación con el año de 1980, aproximadamente, sus respectivas importancias demográficas en los países donde se localizan. La mayor parte de los garífunas, unos 60 000, residen en la costa norte de Honduras, zona

⁸ Holm, *op. cit.*, pp. 11-15, 26-27, 150.

en la que cobran una cierta relevancia. A pesar de ello, este grupo, que con la creación de la Organización Fraternal Negra de Honduras (Ofraneh) demostró su intensa conciencia étnica, no alcanza a representar el dos por ciento de la población total. Aunque el número de garífunas en Belice es mucho menor, apenas rebasa las 11 000 personas, tienen un mayor peso relativo, poco menos del ocho por ciento, en la sociedad beliceña. Los 3 000 garífunas guatemaltecos y los 2 000 nicaragüenses constituyen minorías casi insignificantes en las poblaciones nacionales respectivas. En Nicaragua, éstos residen en los alrededores de Laguna de Perlas.⁹

Para abordar de una manera adecuada el examen de las relaciones de estos tres grupos negros entre sí y con los grupos étnico-culturales vecinos, conviene antes presentar la totalidad del panorama étnico-cultural centroamericano y señalar la importancia geográfica y demográfica de cada uno de los conglomerados culturales que conforman la población istmeña.

La fachada caribeña de Centroamérica

En América Central, el universo étnico-cultural puede dividirse en la actualidad en seis grupos. Hasta ahora, nos hemos referido sobre todo a los conformados por los protagonistas principales de este texto: mulato, creole y garífuna. Los restantes están integrados por indios, los descendientes más directos de los habitantes originales de la región; criollos, los herederos más evidentes de los españoles, y mestizos, los vástagos de indios y criollos.¹⁰ Ninguno de estos grupos es homogéneo. Ya se mencionaron las diferencias existentes entre los creoles. También podrían señalarse las que a nivel nacional y local

⁹ Holm, *op. cit.*, p. 98; Centro de Investigaciones y Documentación de la Costa Atlántica, *Demografía costeña: notas sobre la historia demográfica y población actual de los grupos étnicos de la Costa Atlántica nicaragüense*, Managua, CIDCA, 1982, p. 41.

¹⁰ Respecto al término de *mestizos*, quizás sea conveniente recordar que sus integrantes no se caracterizan por ser, en el sentido etimológico del vocablo, más o menos mestizos que los otros grupos mencionados. En realidad, desde hace muchos siglos todos los grupos étnico-culturales del mundo son híbridos. La utilización del sustantivo *mestizo*, para referirse a un grupo étnico-cultural concreto, tiene como única razón el hecho de que no se haya encontrado ninguno más oportuno que éste, ya consagrado por la tradición escrita y oral. Por otra parte, este mismo motivo ha servido también para elegir los términos que debían nombrar a los otros grupos étnico-culturales mencionados en este texto.

se manifiestan entre los criollos, mestizos, mulatos y garífunas. Pero de todos ellos, el más heterogéneo, tanto que incluso cabría desconfiar de la pertinencia de considerarlo como un solo grupo, es sin duda el indio. Muchos criterios podrían utilizarse para su división: las profundas diferencias derivadas de sus respectivas tradiciones ancestrales, el grado actual de su integración nacional a nivel económico y político, la importancia demográfica, etcétera. Sin embargo, se decidió dividirlo entre "hispanizados", "anglizados" y "autónomos", de acuerdo con la intensidad y el contenido de las influencias europeas recibidas.

Este heterogéneo mosaico podría dividirse en dos grandes conjuntos culturales vinculados con áreas culturales cuyos territorios exceden ampliamente los límites istmeños: el hispanomestizo, que forma parte de la unidad histórico-cultural iberoamericana, y el anglomestizo, integrante del Caribe anglófono. El primero integra a mestizos, mulatos, criollos e indios hispanizados; el segundo, a creoles e indios "anglizados". Los dos únicos grupos que podrían quedar al margen de estos conjuntos, son el de los garífunas y el de los indios "autónomos", pero las influencias "hispánicas" o "inglesas" son cada vez más patentes en ambos. Veamos cuáles son las importancias de tales grupos y conjuntos culturales, tanto a nivel regional como nacional.

A nivel regional, el grupo más numeroso es el de los mestizos, que representa algo más del 60 por ciento de la población total. En El Salvador, Honduras y Nicaragua representan alrededor del 90 por ciento, algo más del 40 en Guatemala y cerca del 30 por ciento en Panamá y Belice. El segundo grupo mayoritario es el de los indígenas, que representa casi el 20 por ciento de la población regional. El 85 por ciento de ellos vive en Guatemala, donde constituyen algo más de la mitad de la población nacional. En Belice y Panamá representan entre el siete y el 10 por ciento; en El Salvador, Honduras y Nicaragua, entre el tres y el cinco por ciento, y en Costa Rica menos del uno por ciento. La inmensa mayoría de los indígenas ha sido hispanizada en mayor o menor medida. Los ejemplos más claros de indios "anglizados" se encuentran entre los misquitos y ramas, pero también se puede encontrar influencia inglesa entre los mayas beliceños, los talamanca costarricenses y los guaymies panameños. Es difícil determinar cuáles serían los indios "autónomos", pero probablemente podría considerarse como tales a gran parte de las comunidades sumus, misquitas —ambas situadas tanto en Nicaragua como en

Honduras— talamanca en sus versiones bribri y cabecar —en Costa Rica—, así como a la mayoría de los indios panameños. Los criollos representan alrededor del 12 por ciento de la población regional. El 73 por ciento de ellos se localiza en Costa Rica, donde superan el 85 por ciento de la población nacional. En Panamá, representan un porcentaje similar al regional, en Nicaragua y Guatemala alrededor del cinco por ciento, y el uno por ciento en El Salvador y Honduras. Respecto a los mulatos, creoles y garífunas, ya se anotó que los primeros representan menos del cinco por ciento a nivel regional y se concentran sobre todo en Panamá, los segundos no llegan al 1.5 por ciento regional y los terceros no alcanzan el 0.5 por ciento.¹¹

A partir de los datos señalados en relación con los grupos étnico-culturales, se deduce que la inmensa mayoría de la población centroamericana es hispanomestiza. En concreto, los anglomestizos no alcanzan a representar el dos por ciento de los habitantes de la región. Sin embargo, este escuálido porcentaje regional oculta diferencias notables a nivel nacional y en relación con las zonas geográficas que conforman el istmo. Belice es el único de los países centroamericanos donde el porcentaje de anglomestizos es elevado, pues en Nicaragua y Panamá ronda los cinco puntos, en Costa Rica los dos, en Guatemala sería insignificante y en El Salvador inexistente, aun cuando la presencia anglomestiza a lo largo de la costa caribeña es suficiente para otorgarle una clara especificidad cultural en relación con las otras zonas geográficas de Centroamérica.

Desde que Max Sorre lo pusiera de manifiesto en el tomo dedicado a México y Centroamérica de la *Geographie Universelle*, publicado en París en 1928, es frecuente dividir al istmo en dos vertientes, la atlántica y la pacífica, las cuales confluyen en las cordilleras que, a modo de espina dorsal, recorren casi todo el puente centroamericano. En relación con el medio natural, las grandes diferencias entre una y otra se hacen patentes al comparar sus características respectivas, tanto a nivel climático y edafológico como respecto al relieve, la flora y la fauna. Pero no son menos significativas las disparidades si el interés se desplaza del ámbito de la naturaleza al humano.¹²

¹¹ Francisco Lizcano, *América Central en la segunda mitad del presente siglo. III Universo cultural*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, en prensa.

¹² Carolyn Hall, "América Central como región geográfica", en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, vol. XI, núm. 2, San José, 1985.

En este ámbito, las diferencias se manifiestan, también, en muchos niveles, como pone de relieve el hecho de que la mayor parte de la población y de la actividad económica se concentre en la fachada del Pacífico. Pero uno de los más evidentes es la relacionada con las respectivas presencias negra y angloestiza, principales responsables de la distinta configuración étnico-cultural en cada una de las vertientes mencionadas. La estrecha relación entre el fenómeno angloestizo y el negro en América Central, se hace patente al observar que la mayor parte de los angloestizos son negros creoles, aunque se debe recordar que el conjunto angloestizo incluye, también, a ciertos grupos indígenas y que la mayoría de los negros centroamericanos son afrohispanos. En la vertiente del Pacífico, que a nivel sociocultural incluye el área montañosa interior, la presencia negra se circunscribe a ciertos grupos de mulatos en Costa Rica y Panamá, así como a otros, todavía más insignificantes a nivel demográfico regional, de creoles, como el que reside en el puerto panameño de Armuelles, una de las escasísimas manifestaciones de angloestizos en esta vertiente. Por tanto, salvo en su tramo panameño, la población de tal zona está, casi exclusivamente, integrada por los grupos hispanoestizos sin claras influencias africanas: mestizo, indio y criollo.

Por el contrario, debido a la escasa densidad demográfica de la fachada atlántica, la población negra y angloestiza cobra en ella una importancia notable, al concentrar de manera casi exclusiva a los creoles, garífunas e indígenas "anglizados" que habitan en Centroamérica. En este contexto de fuerte contraste entre las dos vertientes oceánicas, no deja de resultar interesante que la zona geográfica donde los océanos se encuentran más próximos, la del canal de Panamá, sea un lugar de confluencia entre características socioculturales que permanecen distantes en el resto del istmo. En efecto: la zona del canal resulta similar a otras de la vertiente del Pacífico por su importancia económica y su elevada densidad demográfica, pero la presencia negra, tanto en su perfil mulato como creole, la reclaman como parte de la vertiente opuesta.

La magnitud de la presencia negra y angloestiza en la vertiente caribeña de Centroamérica, se pone de manifiesto al percibir su importancia demográfica en las entidades político-administrativas de la región que se abren al Atlántico, desde la provincia panameña de Bocas del Toro hasta Belice. En Bocas del Toro, la población creole es ampliamente mayoritaria. En la provincia costarricense de

Limón, la participación de este segmento demográfico es menor, pero alcanza a representar un 30 por ciento de la población local. En los municipios costeros del enorme departamento nicaragüense de Zelaya, que considerado en su totalidad abarca la mitad del territorio nacional, la presencia angloestiza es también notable, pues se manifiesta en cerca del 70 por ciento de la población al sumar creoles y angloindígenas. En estos municipios costeros —Bluefields, La Cruz de Río Grande, Prinzapolca, Puerto Cabezas y Cabo Gracias a Dios— los creoles representan cerca de un 30 por ciento, pero se concentran en el más sureño y poblado de todos ellos, Bluefields, donde se constituyen en mayoría. Los misquitos que viven en estas entidades, con influencias anglosajonas mucho más antiguas y profundas que las hispanoestizas, constituyen el grupo indígena más numeroso en la zona. Junto con los escasos centenares de indios ramas, también intensamente "anglizados", representan el 37 por ciento de los habitantes de estos cinco municipios. Los ramas se concentran en Bluefields, igual que los garífunas nicaragüenses, mientras que los misquitos encarnan a más de la mitad de la población en Prinzapolca, Puerto Cabezas y Cabo Gracias a Dios.¹³

En el departamento hondureño de Gracias a Dios, que con los municipios nicaragüenses mencionados, integró durante mucho tiempo la zona conocida como la Mosquitia, la mayoría de la población es misquita y "anglizada", en mayor o menor medida. En los departamentos de Colón, Atlántida e Islas de la Bahía, también hondureños, la presencia hispanoestiza es mayor que en las entidades antes mencionadas. En ellos el grupo garífuna representa el 18 por ciento y el creole no alcanza el cuatro por ciento. Una situación similar se encuentra en los municipios de Puerto Barrios y Livingston, pertenecientes al departamento guatemalteco de Izabal, donde los garífunas son minoritarios pero mucho más numerosos que los creoles. Por último, cabe añadir a la importancia ya señalada de los creoles y garífunas en la nación beliceña que, como señala Francesca Gargallo, los primeros se concentran en el distrito costero de Belice y los segundos en el también costanero de Stann Creek.

En resumen, si se examina en términos regionales la importancia demográfica de los creoles, garífunas y angloindígenas en la vertiente

¹³ Francisco Lizcano, *op. cit.*

del Caribe —que a nivel político-administrativo estaría integrada por la totalidad del territorio beliceño, así como por las provincias, los departamentos y los municipios, tomados en consideración respecto a los otros países centroamericanos—, se llega a dos conclusiones. Por un lado, se confirma y concreta la insoslayable significación de los negros y anglo mestizos en esta fachada, los cuales representan en conjunto cerca del 40 por ciento de su población total, es decir, algo más del 20 por ciento de creoles, alrededor del 10 por ciento de garífunas y poco menos del siete por ciento de angloindígenas. Sumados estos tres grupos representan, por lo menos, un 30 por ciento de la población en todas las entidades consideradas, salvo en los departamentos hondureños de Colón y Atlántida, así como en los municipios guatemaltecos de Puerto Barrios y Livingston. Por otro, al comparar las respectivas significaciones de estos tres grupos étnico-culturales a lo largo de la vertiente caribeña, se percibe el predominio de cada uno de ellos en áreas geográficas que no respetan las fronteras nacionales. El grupo creole prevalece en las provincias panameña y costarricense consideradas, así como en el municipio nicaragüense de Bluefields. Los angloindígenas son mayoritarios en los cuatro municipios norteños del departamento de Zelaya y en la totalidad del departamento hondureño de Gracias a Dios. Los garífunas predominan en toda el área comprendida entre el departamento hondureño de Colón y el distrito beliceño de Stann Creek, al norte del cual los creoles vuelven a ser los más numerosos.¹⁴

Relaciones interétnicas

En cuanto a la relación actual entre los grupos y conjuntos culturales del istmo centroamericano, interesa apuntar tres temas de perfiles multifacéticos e íntimamente relacionados: sus respectivos papeles en la estructura socioeconómica, sus valoraciones recíprocas y el intercambio cultural que vienen desarrollando. El abordaje cabal de esta compleja problemática debe tomar en consideración que, a través de los siglos, algunas de sus manifestaciones permanecieron hasta hoy sin variaciones notables y otras fueron cambiando muy lentamente. No se debe olvidar que otras más sufrieron profundas

¹⁴ *Idem.*

transformaciones desencadenadas, aproximadamente, en la segunda mitad del siglo, las cuales alteraron patrones ancestrales, aceleraron el ritmo de ciertos cambios en curso o plantearon realidades nuevas. Aunque tales cambios afectaron en mayor medida al mundo anglo mestizo que al hispanomestizo, permiten considerar a esta segunda mitad de la presente centuria como un nuevo periodo en la etnohistoria de Centroamérica, por lo cual se determinó que éste sería el horizonte apropiado para abordar las manifestaciones actuales de dicho fenómeno. En principio se examinarán las relaciones interétnicas en cada uno de los conjuntos culturales —hispanomestizo y anglo mestizo— para, después, establecer los vínculos entre ambos.

Aunque en la población hispanomestiza actual de América Central, de igual manera que en la del resto de Iberoamérica, las diferencias socioeconómicas no se identifican con las étnico-culturales (pues los miembros de distintos grupos étnico-culturales comparten con frecuencia los mismos sectores socioeconómicos), es posible percibir en dos sentidos la permanencia, ciertamente ya muy difuminada, de la “sociedad de castas” creada a raíz de la Conquista. Por un lado, se mantiene una cierta relación entre los criollos y los estratos con mayor poder económico y prestigio social; poder y prestigio que, en general, van disminuyendo en la medida en que se acentúan los rasgos indígenas o negros. Por otro, y en clara relación con lo anterior, permanece una tendencia a la discriminación que aumenta en proporción directa al predominio de tales rasgos. Como se tendrá oportunidad de apreciar respecto al mundo anglo mestizo de Centroamérica, estos fenómenos son más acentuados en las zonas que fueron colonizadas por anglosajones, pero ello no debe ocultar su presencia en las naciones surgidas en los dominios de los imperios ibéricos.

En el mundo hispanomestizo, dentro del cual incluimos a los garífunas, pues están en su mayoría bajo este campo de influencia, el desarrollo socioeconómico protagonizado por toda Centroamérica, entre 1950 y 1980, permitió acelerar el proceso de ascenso social entre los mestizos y mulatos, el cual se remonta por lo menos al siglo XVII. Éstos fueron los grupos étnicos más beneficiados por la ampliación de los sectores medios propiciada por tal desarrollo, al tiempo que consolidaban su presencia en los más altos cargos del Estado y de los grupos empresariales. Todo ello continuó difuminando sus ya anteriormente imprecisos límites sociales con el grupo criollo. Aunque

en términos generales la población más directamente vinculada con las características indígenas y africanas, sobre todo en su perfil garífuna, además de continuar sufriendo la ancestral discriminación de criollos y mestizos, siguió formando parte de los estratos más pobres de la sociedad, no fue raro que sus integrantes se incorporaran al proceso de modernización señalado. Al tecnificar sus tradicionales formas de explotación agraria y acceder a empleos urbanos, permaneció borrosa su diferencia social con los sectores mestizos menos favorecidos. Respecto a los grupos negros, es frecuente que no se reconozca suficientemente el papel que desempeñaron en el pasado ni el que cumplen hoy. Con todo, uno de los elementos más significativos de este periodo es la actualización de las formas organizativas y defensivas de indígenas y garífunas, así como una mayor receptividad hacia sus problemas, todavía insuficiente, pero notable en comparación con el pasado inmediato, por parte de algunos Estados y sectores de otros grupos étnicos.

En algunos lugares del mundo angloestizo, como en las Islas de la Bahía o zonas de influencia de ciertas compañías transnacionales, ligadas a la actividad bananera, se mantuvieron, en líneas generales, las características étnico-sociales heredadas. Es decir, prevaleció una estructura social profundamente racista, donde los anglosajones ocupan las posiciones más ventajosas y evitan, dentro de lo posible, el contacto con los otros grupos étnicos. Cuando los indígenas están integrados a este mundo, ocupan los empleos peor considerados, quedando los creoles en los sectores intermedios. Sin embargo, al interior del grupo creole se reproduce la discriminación y la desigualdad social a favor de aquéllos con la piel menos oscura.¹⁵ Pero la virtual desaparición del grupo anglosajón o un mayor contacto con los hispanomestizos —fenómenos de los que se hablará a continuación—, no fueron las únicas causas de los cambios sucedidos en el mundo anglosajón. Sin que se produjesen estos fenómenos, los creoles beliceños protagonizaron un cambio sin precedentes, que los llevó a compartir con la minoría blanca los más altos cargos públicos. Sólo después de la primera guerra mundial, los creoles pudieron ocupar estos cargos de manera legal, pero no fue sino hasta

¹⁵ Elissa Warantz, "The Bay Islands English of Honduras", en Holm, *op. cit.*, p. 74; Philippe Bourgois, "Racismo, división y violencia", en *Diálogo Social*, vol. XVII, núm. 164, 1984.

la consecución de la autonomía, en 1964, cuando este proceso tomó dimensiones notables, que se intensificaron con la independencia de 1981.

La modernización de este país, aunque moderada, también contribuyó al generalizado ascenso social del grupo creole, algunos de cuyos miembros, normalmente los de piel más clara, habían iniciado este proceso desde finales del siglo XVIII. Al margen de que otros grupos étnicos beliceños se beneficiaran en cierta medida de esta tendencia a la autonomía y la modernización, sus posiciones sociales relativas no parecen haber sufrido transformaciones importantes: las menos afortunadas continuarían vinculadas, sobre todo, a los indígenas y las intermedias, a los mestizos y creoles. Aun cuando el ascenso social y político creole terminó por conferir a su cultura el carácter de dominante a nivel nacional —lo cual evidencia una de las diferencias más notables entre Belice y el resto de los países centroamericanos—, la discriminación hacia los otros grupos étnicos continuó en estrecha relación con sus posiciones sociales respectivas, de manera que los indígenas resultaron ser los más perjudicados también en este sentido. Pero la reducción del poder de la minoría anglosajona, debida al ascenso creole, probablemente disminuyó la animadversión, muchas veces recíproca, entre creoles, garífunas y mestizos, al tiempo que aumentaba entre ellos el respeto y el mestizaje.

Para comprender la relación de los mundos angloestizo e hispanomestizo en América Central durante la segunda mitad del siglo XX, debe tenerse en cuenta que dicha animadversión ha sido su característica más evidente a lo largo de los siglos. Arraigados prejuicios han entorpecido gravemente la comunicación entre los integrantes de cada uno de estos mundos y los del mundo "opuesto". Esta discriminación se ha manifestado, por supuesto, en los grupos étnicos dominantes de cada uno de tales conjuntos hacia los grupos étnicos subordinados al otro, pero también se produjo en la percepción mutua de grupos con posiciones sociales análogas en ambos, como entre mestizos y creoles —incluso cuando estos grupos tenían rasgos biológicos similares, como sucedía entre mulatos y creoles—, o desde los grupos más explotados en uno de los mundos hacia los privilegiados del otro, como se manifiesta en algunos indios "anglizados" de Nicaragua hacia hispanomestizos preeminentes.

Estos prejuicios recíprocos persisten hasta hoy en toda Centroamérica, aunque probablemente ha disminuido su intensidad tanto

en Belice, según se señaló, como en el resto de la región con fachada caribeña. Así lo insinúan los fenómenos, que a continuación se apuntan, acerca de la progresiva presencia de los hispanomestizos en esta zona: las políticas integradoras puestas en práctica por los Estados hispanomestizos, la mayor participación política en ellos de la población anglomestiza, y el intercambio cultural entre ambos mundos. Todo ello pone en evidencia la progresiva influencia hispana en el mundo anglomestizo, que muestra una actitud más permeable en este sentido, pero también manifiesta una cierta influencia en dirección opuesta así como una actitud menos discriminatoria hacia el mundo anglomestizo, por parte de ciertos sectores hispano-mestizos.

Las principales transformaciones sufridas por el mundo anglomestizo no beliceño durante las últimas décadas se deben, en lo fundamental, a la progresiva presencia hispanomestiza dentro de sus ámbitos tradicionales. En general, estos dos mundos, al ubicarse en zonas geográficas diferentes, se habían desarrollado con una independencia considerable. Los hispanomestizos habían tenido pocos alicientes para establecer flujos migratorios significativos hacia la costa caribeña. La animadversión recíproca ya mencionada, así como las dificultades de ascenso social en un ámbito con patrones culturales diferentes, los hacían poco atractivos para ellos. Por el contrario, esta falta de competencia y su afinidad cultural con los cuadros directivos de las principales empresas de la zona, facilitaban las posibilidades de que tal ascenso se produjese entre los creoles.

Por desgracia para los anglomestizos, esta situación fue trastocada por dos fenómenos que disminuyeron sus posibilidades de empleo y ascenso social, así como su importancia social en la zona. Por un lado, poco antes de mediar el siglo, la producción platanera fue afectada por una profunda crisis de consecuencias muy graves para la totalidad de la zona pues, una vez terminadas ciertas obras de infraestructura, este rubro se había convertido en su principal actividad económica. Las transnacionales norteamericanas, que controlaban este mercado, disminuyeron drásticamente su presencia en ella y, cuando trasladaron sus actividades a otros terrenos de la misma Centroamérica, ubicados en general en la costa del Pacífico, emplearon, sobre todo, mano de obra hispanomestiza, pues entre otras cuestiones los Estados nacionales respectivos prohibieron, en ocasiones, el acceso del negro a las nuevas plantaciones. El resultado fue el

desempleo y el descenso de los niveles de vida para muchos creoles, algunos de los cuales optaron por emigrar.¹⁶

Por otro lado, se intensificó la migración de hispanomestizos a los territorios donde había prevalecido la influencia anglosajona, con el consiguiente descenso relativo de la importancia demográfica anglomestiza. Esto alteró el perfil étnico de la estructura social. Los empresarios criollos y mestizos pasaron a desempeñar un papel cada vez más importante en el grupo dominante, en lugar de los anglosajones, lo cual redundó en que, al contrario de lo que venía sucediendo, las posibilidades de empleos mejor remunerados beneficiaran más a los criollos y mestizos que a los creoles. A este hecho se debe añadir la expansión del sector público en estas zonas que contribuyó, también, a incrementar la presencia en ella de sectores medios hispanomestizos.

Por su parte, durante estas décadas la actitud de los Estados hispanomestizos frente a la población anglomestiza ha mostrado cambios notables. Respecto a los creoles, se les concedió la ciudadanía, que por tanto tiempo les habían negado, y se derogaron las leyes que les impedían la posesión de tierra y el libre tránsito por los territorios nacionales respectivos. Además, se pusieron en práctica políticas integradoras que impulsaron la "hispanización" de los anglomestizos —por ejemplo, mediante la expansión del sistema educativo— e, incluso, su participación política. Este afán integrador se manifestó, también, en el desarrollo de vías de comunicación, que permitieron "acortar" significativamente las distancias que ancestralmente habían separado a los mundos hispano y anglomestizo.¹⁷

El intercambio cultural afectó más intensamente a los anglomestizos, aunque se produjeron tendencias en sentido contrario —como la influencia de la música creole en la Nicaragua posrevolucionaria— que hubieran resultado impensables en la primera mitad del siglo. La influencia hispanomestiza en los creoles se ha puesto de manifiesto

¹⁶ Robert C. West y John P. Augelli, *Middle America. Its Lands and Peoples*, New Jersey, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 2a. ed., 1976, pp. 388-390; Meléndez y Duncan, *op. cit.*, p. 105.

¹⁷ Herzfel, *op. cit.*, p. 151; Meléndez y Duncan, *op. cit.*, pp. 87-93, 102-103, 106, 133-137, 220-221; Comité Regional de Desarrollo de la Costa Atlántica, *Zelaya progresa con Somoza*, Managua, Ministerio de Agricultura y Ganadería, 1976; Centro de Investigación y Documentación de la Costa Atlántica (CIDCA), *Modernización capitalista y revolución popular en la Costa Atlántica de Nicaragua*, Managua, CIDCA, noviembre de 1986.

con claridad en un aspecto tan importante como el lingüístico en dos niveles diferentes, tanto en Panamá y Costa Rica como en Nicaragua y Honduras. En efecto: la lengua creole ha venido incorporando cada vez más elementos del castellano, al tiempo que el uso de éste se iba generalizando y perfeccionando entre los creoles.¹⁸

En síntesis: en el mundo anglomestizo, que en la primera mitad del siglo exhibía estructuras étnicas similares, se pueden distinguir en la actualidad tres tipos de sociedades. En Belice, el grupo creole alcanzó los cargos públicos más importantes. En los otros países la influencia de los hispanomestizos se hizo notable, hasta el grado de que, en muchas ocasiones, llegaron a suplantarse el poder anglosajón. Sin embargo, éste se mantuvo sólido en ciertas zonas.

La explicación de los fenómenos descritos hasta aquí se encuentra en el pasado. En los dos apartados siguientes se narran las historias de los mulatos y los creoles dentro de sus contextos socioculturales respectivos: los mundos hispanomestizo y anglomestizo en Centroamérica. Se decidió examinar estas dos historias por separado debido a que se desarrollaron con un grado notorio de autonomía hasta la segunda mitad del siglo XX. La historia de los garífunas no será abordada en estas páginas, porque ya lo hace Francesca Gargallo, más adelante, en este mismo libro. Es conveniente resaltar la que, quizá, constituye su principal diferencia histórica respecto a los mulatos y creoles. En contraste con éstos, cuyos desempeños laborales casi siempre estuvieron vinculados a la subordinación y explotación, los garífunas articularon sus actividades económicas fundamentales en torno a la autosuficiencia y mantuvieron estructuras sociales de marcado carácter igualitario.

Historia de los mulatos

Para la cabal comprensión de la historia afrohispana es necesario poner de relieve dos cuestiones. Por un lado, se debe distinguir con claridad entre la evolución de la esclavitud negra y la de la población libre con rasgos africanos. Aunque en la mayoría de los casos los negros llegaron a la región como esclavos, el cimarronaje y sobre

¹⁸ Holm, *op. cit.*, pp. 11, 71-75, 98, 131-134, 150-151.

todo la relativa frecuencia de la práctica de la manumisión, permitieron la rápida expansión de los negros y mulatos libres. Este hecho determinó que, a mediados del siglo XVII, tanto en Panamá como probablemente en el Reyno de Guatemala, la población libre de origen africano llegara a ser más numerosa que la esclava. Por otro, se hace ineludible establecer las distinciones pertinentes entre las evoluciones seguidas por la población de origen africano, tanto esclava como libre, en los distintos territorios del istmo, pues las diferencias ocurridas en tal sentido, durante los tres siglos del periodo monárquico, explican en buena medida la desigual presencia de los mulatos en los actuales países de la región. En términos generales, la introducción de esclavos fue más temprana, significativa y continua en Panamá que en el Reyno de Guatemala. Asimismo, la importancia de los afrohispanos, en general, fue mucho más intensa en el primer caso. Pero el comportamiento de las provincias "guatemaltecas" no fue en absoluto uniforme. En Costa Rica, más cercana a Panamá que a los principales centros de poder del Reyno de Guatemala, la importación de negros fue considerable en los siglos XVII y XVIII, cuando en el resto del Reyno ya había decaído notablemente. Por otro lado, en el momento de la independencia, tanto en esta provincia como en la de Nicaragua, la presencia negra era más notoria que en el resto del Reyno.

La historia de los afrohispanos en Centroamérica es más antigua que la de los otros dos grupos negros de la región. Comenzó alrededor de 150 años antes que la de los creoles y precedió a la de los garífunas en casi tres siglos. La introducción de negros en el ámbito dominado por los españoles fue muy temprana. En ocasiones, "descubrieron" Centroamérica junto con los españoles y participaron en su conquista. Durante la primera mitad del siglo XVI, la población africana llegó a todos los territorios de los actuales países integrantes del istmo centroamericano, con la excepción de Belice, la nación donde ahora son proporcionalmente más numerosos. Casi siempre llegaron como esclavos, aunque no faltaron quienes lo hicieran en calidad de libres.

La historia demográfica de la esclavitud negra fue, probablemente, similar en todas las provincias del Reyno de Guatemala, con la excepción de Costa Rica. En relación con las otras provincias se pueden establecer dos periodos comunes al respecto. El primero, caracterizado por la relativa importancia de la esclavitud negra, abarca un siglo, y el segundo, las dos centurias siguientes de gobierno

monárquico. La división entre ambos se puede situar en la segunda y tercera décadas del siglo XVII, cuando las máximas autoridades de este Reyno se manifestaron en explícita oposición, que se mantendría en lo fundamental hasta la independencia, a este tipo de tráfico. Según un documento fechado en 1671, ningún esclavo había sido enviado al Reyno de Guatemala desde 1638. Algunos parecen haber llegado a finales del siglo XVII y comienzos de la centuria siguiente, décadas en las que se inició la recuperación económica de la región. Así y todo, su importancia siempre fue mucho menor que durante el primer periodo.¹⁹

Pero las diferencias entre ambos periodos no son sólo cuantitativas. A mediados del siglo XVII, se redactaron las últimas noticias sobre el cimarronaje y sobre las medidas tomadas en su contra, aunque se sabe de algunas rebeliones de esclavos en la década de 1720. Además, debido a la escasa importancia de la producción minera después del siglo XVI, los esclavos negros, que en Honduras habían desempeñado un papel importante en la extracción de metales preciosos durante ese siglo, pasaron a desempeñar, en las centurias siguientes, trabajos que, en general, requerían menos esfuerzo y que frecuentemente les conferían cierta autoridad sobre los indígenas, como los de guardianes, mozos de caballería, servicios domésticos, artesanos y capataces. Pese a ello, no debe olvidarse que en los dos siglos siguientes ejercieron labores caracterizadas por su rudeza, como las de las plantaciones azucareras.²⁰

La evolución de la esclavitud en Costa Rica fue muy diferente a la de las otras provincias del Reyno de Guatemala, pues tuvo su mayor auge a partir de la segunda mitad del siglo XVII, es decir, a partir del momento en que perdió su importancia en el resto del Reyno. La expansión de la esclavitud negra en Costa Rica estuvo vinculada a la producción de cacao en la costa caribeña, aunque en el siglo XVIII también había esclavos ocupados en otras actividades en algunos lugares del actual territorio costarricense, como en la zona ganadera

¹⁹ Murdo J. Mac Leod, *Historia socioeconómica de la América Central Española, 1520-1720*, Guatemala, Piedra Santa, 1980, p. 373; Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo: Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, Puebla, México, Universidad Autónoma de Puebla, 7a. ed., 1982, pp. 273, 276, 280.

²⁰ Martínez Peláez, *op. cit.*, pp. 276-282; Mac Leod, *op. cit.*, pp. 48-52, 55, 114, 256, 409.

de Guanacaste que, por aquel entonces, formaba parte de la provincia de Nicaragua.²¹

En resumen, aunque de manera desigual, los esclavos negros participaron en los principales rubros de exportación del Reyno de Guatemala. Si tales actividades se consideran en conjunto, la participación de estos esclavos fue siempre minoritaria, aunque, en ocasiones, alcanzó niveles relevantes. Así sucedió en lo relativo a la extracción de metales preciosos en el río Guayape y en los alrededores de Tegucigalpa, que fueron los centros mineros más importantes de la Audiencia en el siglo XVI. En el caso del cacao, los esclavos no desempeñaron un papel digno de mención cuando, en la segunda mitad del siglo XVI, conoció su mayor auge en los territorios de Guatemala y El Salvador. De todas formas, los trabajadores de origen africano, tanto esclavos como libres, constituyeron una parte esencial de la mano de obra dedicada a este mismo cultivo cuando, en el siglo XVIII, Costa Rica se convirtió en el principal productor regional. Respecto al añil, que conoció su mayor auge entre 1590 y 1630, pero se mantuvo durante los siglos XVII y XVIII como el principal producto de exportación, la fuerza de trabajo fue mayoritariamente indígena, aunque frecuentemente los negros y mulatos —libres o esclavos— participaron en los obrajes como capataces de los indígenas.

Sin embargo, pese a las distintas dinámicas de la esclavitud en unas y otras provincias del Reyno de Guatemala, en el momento de la independencia su importancia era muy escasa a lo largo y ancho de todo su territorio. Se ha calculado que en la propia Costa Rica, los esclavos no alcanzaban las 100 personas;²² en El Salvador, la población esclava del Reyno apenas rebasaba las 1 000 personas. Por otro lado, no parecía generar ya ningún conflicto. La resolución de su abolición fue tomada en la Asamblea Nacional de las provincias de Centroamérica, en 1823, por unanimidad. Y los afectados estuvieron hasta tal punto de acuerdo con la medida que los amos renunciaron a la indemnización que el propio decreto les concedía, mientras que

²¹ Elizabeth Fonseca, *Costa Rica colonial. La tierra y el hombre*, San José, Educa, 3a. ed., 1986, pp. 241, 267; Mac Leod, *op. cit.*, pp. 278, 281.

²² John N. Riismandel y James H. Levitt, "Algunos aspectos cuantitativos de la esclavitud en Costa Rica, en *Revista del Pensamiento Centroamericano*, núm. 152, Managua, julio-septiembre de 1976, p. 102. Según este artículo, los esclavos importados al Reyno de Guatemala durante el periodo indiano sumaron unas 21 000 personas.

los negros liberados, según parece no muy disconformes con su situación, prefirieron quedarse con sus antiguos propietarios.²³

Antes de señalar la evolución de la población negra en Panamá, conviene detenerse en el tema de la relativa escasez de población esclava en el Reyno de Guatemala. En la mayoría de los casos este fenómeno se ha querido explicar a partir de los factores estructurales que mantuvieron la demanda a niveles relativamente bajos. Puesto que ésta, en general, siempre superó a la oferta, el problema que requiere explicación no es por qué no fue mayor la demanda, sino por qué no fue satisfecha la demanda existente. Mac Leod señala una serie de hechos de los que se pueden deducir algunas respuestas al respecto. Por un lado, recuerda la lejanía del Reyno de Guatemala en relación con las rutas más frecuentadas por los mercaderes de esclavos, así como la escasa capacidad económica de quienes los solicitaban, en ocasiones pidiendo simultáneamente que la corona les otorgara condiciones especiales para su adquisición. Por otro, señala los argumentos esgrimidos por la Audiencia para defender su oposición a la importación de esclavos. Estos argumentos se basaban en la percepción de que importar esclavos propiciaba alteraciones en el orden público, las cuales podían derivar, incluso, en sublevaciones generalizadas entre las "castas", que arrastraran, asimismo, a los indígenas. Es más, se percibía la posibilidad de que tales sublevaciones se vincularan con poderes hostiles a España, dado el nulo sentimiento de pertenencia al imperio español por parte de dichas castas.²⁴

En el caso de Panamá, la importación de esclavos fue permanente y mucho más intensa que en el Reyno de Guatemala pero, cuando en 1852, se procedió a dar cumplimiento a la ley abolicionista, éstos eran muy escasos. Se ubicaron en la zona de tránsito, aunque también en el interior. En ciertas zonas de difícil acceso, los cimarrones constituyeron comunidades que, por su permanencia, no tuvieron parangón en el resto de la región. En 1789, el 55 por ciento de la población panameña era de origen africano pero libre, frente a un porcentaje de esclavos que apenas alcanzaba los ocho puntos. El resto de la población se dividía entre blancos (22%) e indios (15%). La mayoría de los negros y mulatos libres en Panamá eran pobres, a

²³ Martínez Peláez, *op. cit.*, p. 277.

²⁴ Mac Leod, *op. cit.*, pp. 127-129, 161-162, 178-179, 306.

pesar de lo cual, también los hubo acaudalados. Generalmente se desempeñaron como sastres, peluqueros, plateros, carpinteros, barberos, arrieros y oficios similares. Pero desde los inicios del siglo XVII comenzó un proceso progresivo y permanente que fue incorporando a ciertos miembros de este sector de la población a los trabajos tradicionalmente reservados para los blancos: milicia, burocracia letrada, sacerdotes, universitarios e incluso el comercio, es decir, la actividad económica que con más celo quisieron monopolizar los españoles y criollos.

Este proceso ocurrido en el territorio de Centroamérica, donde la población de origen africano era más numerosa, muestra que la "sociedad de castas" organizada por la corona, en el caso de merecer tal apelativo, posibilitaba una movilidad no desdeñable entre los grupos que la integraban.²⁵

En el Reyno de Guatemala, la población libre de origen africano manifestó dos tendencias. Aunque no sería extraño que futuras investigaciones hicieran variar esta opinión, la información disponible sugiere que en los actuales territorios de Honduras, El Salvador y Guatemala fue disminuyendo durante los siglos XVII y XVIII para llegar al momento de la independencia con una importancia relativa muy escasa. Por el contrario, los mulatos representaban, en estas mismas fechas, proporciones significativas de la población, tanto en Nicaragua como en Costa Rica. A diferencia de Panamá, la mayor parte de los mulatos libres residentes en el Reyno de Guatemala desarrollaron actividades rurales que, con frecuencia, les sirvieron para obtener una mayor independencia respecto a sus amos. La importancia que tuvieron en las milicias, en el caso de Nicaragua, parece haber sido excepcional dentro del contexto del Reyno de Guatemala. Aunque entorpecida por una fuerte discriminación, también existe constancia del ascenso social de los mulatos "nicaragüenses" durante el siglo XVIII.²⁶ Para concluir, baste señalar que después de la independencia los mulatos nicaragüenses se fueron diluyendo en el mestizaje nacional hasta desaparecer, mientras que los costarricenses y los panameños se mantuvieron como grupos diferenciados hasta la fecha.

²⁵ Herzfeld, *op. cit.*, pp. 150-151; Alfredo Castellero Calvo, *Los negros y mulatos libres en la historia social panameña*, Panamá, s.l., 1969; además del texto de Manuel de la Rosa incluido en este volumen.

²⁶ Mac Leod, *op. cit.*, pp. 162, 178-179.

Historia creole

La historia de los creoles en América Central forma parte de otra que la engloba: la del conjunto anglo mestizo centroamericano que, a su vez, forma parte de la del Caribe anglófono. Los principales protagonistas étnico-culturales del mundo anglo mestizo centroamericano, al que se ciñe este texto, son además de los creoles, los anglosajones y los indios "anglizados". La cabal comprensión del desarrollo histórico de cualquiera de estos grupos, exige el examen de sus relaciones con los otros dos y, por tanto, una percepción global de dicho conjunto anglo mestizo. La unidad de esta historia se basa en la permanencia de algunas de sus características fundamentales, aunque varias de ellas han comenzado a cambiar en fechas recientes. Además de compartir un mismo escenario geográfico, los distintos protagonistas de esta historia han mantenido, hasta hoy, rasgos culturales comunes de procedencia anglosajona, así como el sentimiento de pertenencia al mundo de habla inglesa y la animadversión frente al mundo hispano mestizo. Hasta hace pocas décadas, y en algunos casos en la actualidad, los anglo mestizos vivieron en sociedades donde los anglosajones monopolizaban, en gran medida, las posiciones más ventajosas a nivel económico, social y político, al tiempo que evitaban lo más posible el contacto con los otros grupos étnicos (en ciertos lugares, como Belice, el mestizaje en el mundo anglo mestizo centroamericano fue mayor que en otros territorios americanos de colonización inglesa), pero incluso en esos casos fue menor que el que se dio en el mundo hispano mestizo.

En la historia de los anglo mestizos centroamericanos pueden distinguirse, a pesar de sus elementos comunes, dos procesos dispares. El primero comenzó en el siglo XVII en los territorios de Belice y la Mosquitia, donde se consolidó, en la centuria siguiente, una sociedad esclavista que de manera intermitente se expandió a las Islas de la Bahía, donde los anglo mestizos no se asentaron de manera permanente, sino hasta la década de 1830. Aunque la esclavitud desapareció en estos lugares antes de mediar el siglo XIX, subsistió en ellos, por lo menos hasta fechas recientes, una estructura social profundamente racista. El segundo se inició en la segunda mitad del siglo XIX, a raíz de la implantación de empresas transnacionales vinculadas con la construcción de vías de comunicación y la producción y comercialización del plátano. Este segundo proceso tuvo dos consecuencias

principales: se expandió el mundo anglo mestizo y, en algunos lugares, se integró a este mundo un número no desdeñable de comunidades indígenas. Algunas de ellas habían mantenido, anteriormente, alianzas y relaciones comerciales con él, pero fue en la segunda mitad del siglo XIX cuando se convirtieron al protestantismo y se incorporaron al trabajo asalariado. Como la anterior, esta segunda oleada migratoria estuvo compuesta, principalmente, por negros de lengua inglesa, pero en esta ocasión se asentó, en gran medida, en espacios diferentes: Panamá, Costa Rica y la costa continental de Honduras. En Belice la explotación bananera nunca tuvo una significación notable, pero en la Mosquitia e Islas de la Bahía confluyeron ambos procesos.

La sociedad forjada a partir de este segundo proceso reprodujo, en lo fundamental, la estructura social racista característica del primero, así como su animadversión hacia los hispano mestizos. De todas formas, hubo dos diferencias entre los creoles ya asentados en Centroamérica y los recién llegados. Por un lado, los primeros consideraban el lugar donde vivían como propio, mientras que los segundos, lo sentían como un lugar de tránsito que debía procurarles los medios para disfrutar de una vida más desahogada en sus tierras de origen. Aunque lentamente, este sentimiento fue desapareciendo, en la medida en que en las nuevas generaciones se disipaba la idea del retorno. Por otro, el hecho de que los creoles recién llegados, a diferencia de los ya asentados, arribaran a las costas centroamericanas por su propia voluntad no significa una diferencia notable, pues los ancestros de unos y otros habían compartido una esclavitud de características similares, la que fue abolida, además, durante las mismas fechas. Sin embargo, la contratación libre de la mano de obra en las empresas transnacionales ubicadas, durante las últimas décadas del pasado siglo y las primeras del presente, en la fachada caribeña de Centroamérica, contrasta con los métodos coercitivos utilizados al respecto por los empresarios cafetaleros para desarrollar la que fuera, durante esas mismas fechas, la principal actividad económica del mundo hispano mestizo en América Central.

Con todo, durante la primera mitad del siglo XX, en el mundo anglo mestizo de Centroamérica existía una uniformidad notable, en comparación con su situación actual. En aquellos momentos, todavía se manifestaba en él, de manera clara y generalizada, una estructura social racista, presidida por anglosajones. Como se indicó, esta situación sufrió después profundos cambios, los cuales permitieron que

en la actualidad se puedan distinguir los tres tipos ya mencionados de estructura social en este mundo. Antes de dar por concluidas estas páginas, veamos con cierto detenimiento el desarrollo de los anglo-mestizos centroamericanos, desde sus orígenes hasta la primera mitad del presente siglo.

La llegada de los primeros anglosajones al istmo centroamericano ha sido fechada en la década de 1630. Éstos fueron los orígenes del mundo anglo-mestizo, que siempre estuvo ubicado en la fachada caribeña del istmo, la zona más cercana a las Antillas dominadas por los ingleses y sobre la cual el imperio español no tuvo nunca un dominio efectivo de amplitud significativa. Durante el resto del siglo XVII, estos primeros pobladores, en su mayoría piratas y madereros, mostraron su preferencia por dos áreas —la Mosquitia y Belice—, las cuales se constituyeron en los dos únicos territorios donde la presencia anglosajona fue significativa hasta la mitad del siglo XIX, con la relativa excepción de las Islas de la Bahía.

No fue sino hasta el siglo XVIII, cuando estos núcleos dominados por anglosajones adquirirían el perfil étnico-cultural que los caracterizaría en el futuro. En efecto: durante esta centuria se consolidó una sociedad tanto en la Mosquitia como en Belice, donde la mano de obra mayoritaria estaba constituida por esclavos negros. Su fundamento económico fue la agricultura, la explotación forestal y el comercio, que incluía la compraventa de esclavos indígenas, sumus y ramas entre otros, capturados principalmente por los misquitos, el grupo indígena dominante por aquel entonces en la fachada caribeña de Centroamérica. Estos hechos ponen de manifiesto diferencias notables con la sociedad centroamericana dominada por el imperio español. En ésta, la esclavitud tuvo una importancia relativa mucho más reducida y se circunscribió, desde mediados del siglo XVI, a los negros, quienes, por otra parte, se beneficiaron de una actitud más proclive a la manumisión.

En Belice y la Mosquitia la erradicación de la esclavitud se produjo simultáneamente alrededor de 1840, en una fecha intermedia entre su desaparición en las antiguas provincias del Reyno de Guatemala y el Panamá. Cabe decir que la historia de los negros y de la esclavitud fue distinta en Belice y la Mosquitia. Para el imperio inglés, la importancia económica, demográfica y política de la Mosquitia fue superior a la de Belice, hasta 1787. Según se indica en los textos de Gargallo y Romero en el presente libro, a mediados del siglo XVIII los

anglo-mestizos de Belice no sumaban las 200 personas, que se dedicaban, casi exclusivamente, a la explotación de la caoba y el palo de tinte, mientras que en la Mosquitia alcanzaban los 1 124 habitantes, quienes, además de los bosques, explotaban la tierra y el comercio. Por otra parte, antes de la fecha indicada, la presencia política del mundo inglés sólo se había institucionalizado en la Mosquitia. A raíz del Tratado de Versalles de 1783 y de la Convención de Londres de 1786, que forzaron a gran número de anglo-mestizos a salir de la Mosquitia, se produjeron profundos cambios en estas zonas, aunque se mantuvo el contacto entre ambas.

En el mismo año de 1786, el superintendente de la Mosquitia dejó de ejercer sus funciones y llegó a Belice el primero con ese cargo. De esta manera, Belice adquirió el rango que hasta la fecha ostentara la Mosquitia: ser el único territorio centroamericano donde el poder político inglés estaba institucionalizado. Además, el éxodo masivo de anglo-mestizos originado en la Mosquitia tuvo repercusiones opuestas en las áreas involucradas por tal fenómeno. En la Mosquitia determinó la difuminación del régimen esclavista y el ascenso social de los creoles, pues un número importante de esclavos quedaron en libertad y, junto con los negros ya libres, fueron controlando progresivamente las actividades económicas que antes había beneficiado a los ingleses y los misquitos, a quienes llegaron a suplantarse como grupo local hegemónico. Esta creciente importancia creole explica que, en 1844, sólo un año después de la implantación del protectorado de la Mosquitia, la capital de éste fuera trasladada de Sandy Bay, población de tradicional predominio misquito, a Bluefields, donde los creoles tenían su principal sede. Ésta fue también la capital de la Reserva Mosquita, cuya máxima autoridad, el rey misquito en turno, estuvo supeditada a los misquitos que la rodeaban. Por el contrario, la migración de 1787 consolidó y amplió el régimen esclavista en Belice; razón por la cual, el proceso de liberación y ascenso social de los negros fue aquí más lento que en la Mosquitia. Sólo después de la primera guerra mundial pudieron detentar los creoles beliceños cargos públicos similares a los que los creoles nicaragüenses habían ostentado durante la segunda mitad del siglo XIX.²⁷

²⁷ Edmund T. Gordon, "Etnicidad, conciencia y revolución: la cuestión misquito-creole en Nicaragua", en *Encuentro*, núm. 24-25, Managua, abril-septiembre de 1985, pp. 123-126; Warantz, *op. cit.*

Después de la independencia del Reyno de Guatemala, pero sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX, tuvieron lugar dos procesos que alteraron la vertiente caribeña de Centroamérica: el intento, con resultados diversos en el tiempo y en el espacio, de los ingleses por consolidar su presencia en la zona y la introducción de empresas norteamericanas.

En 1862, los ingleses declararon oficialmente a Belice, con el nombre de Honduras Británica, como colonia del Reino Unido, obteniendo con ello, por primera vez, la plena soberanía sobre este territorio. Pero sus intentos por conseguir algo similar en las Islas de la Bahía y la Mosquitia resultaron frustrados a la postre, debido, sobre todo, a la oposición norteamericana. Como los anglomestizos de la Mosquitia, los de las Islas de la Bahía se vieron forzados, en 1787, a emigrar a Belice. Éste fue el motivo de que no se establecieran definitivamente en estas Islas, sino hasta la década de 1830. Once años más tarde, las Islas de la Bahía fueron colocadas bajo la jurisdicción del superintendente de Honduras Británica, pero en la década siguiente fueron incorporadas, de manera definitiva, al Estado hondureño.²⁸ Por su parte, en 1894, el territorio de la Reserva Mosquita fue incorporado, también de manera definitiva, al Estado nicaragüense.

Durante las últimas décadas del siglo pasado y las primeras del presente, se fundaron las comunidades anglomestizas de Panamá, Costa Rica y la costa continental hondureña, al tiempo que se reforzaban las de Nicaragua y las Islas de la Bahía. Las compañías bananeras transnacionales constituyeron su polo de atracción más permanente, pero la construcción de vías de comunicación, como el canal de Panamá o la línea férrea que permitió un camino más expedito a la exportación de café costarricense a través de Puerto Limón, impulsaron, también, flujos migratorios intensos durante algunos años. La gran mayoría de estos inmigrantes fueron creoles que hablaban inglés y practicaban la religión protestante. Para ellos el traslado no supuso, por tanto, un cambio significativo en el aspecto cultural, pues se integraron en sociedades donde los patrones culturales predominantes eran similares a los suyos.

En estos territorios, frecuentemente llamados "enclaves", la discriminación racial no se ejercía sólo contra los no blancos. En ellos se

²⁸ Warantz, *op. cit.*, p. 72.

impuso una férrea jerarquía donde las características étnicas determinaban el papel socioeconómico de las personas. El grupo anglosajón, que desempeñaba los cargos directivos, vivía en zonas apartadas donde disfrutaba de un sinfín de comodidades y donde los miembros de los otros grupos étnicos no podían entrar, sino en calidad de empleados de servicios. En los casos en los que los indígenas fueron incorporados a estas empresas, se les relegó a los peores empleos y fueron fuertemente discriminados, tanto por los anglosajones como por los creoles, quienes también se discriminaban entre sí, en perjuicio de aquellos con rasgos físicos más similares a los de los ancestros africanos.²⁹

²⁹ Philippe Bourgois, "Las minorías étnicas en la revolución nicaragüense", en *Civilización. Configuraciones de la Diversidad*, núm. 3, México, febrero de 1985, pp. 127-129; Carlos María Vilas, "La economía de enclave en la Costa Atlántica", en *Revista Wani*, núm. 5, Managua, enero-abril de 1987, p. 13.

Archivo Nacional de Panamá, t. VII, doc. 36, est. 69, caja 2, leg. 23. Carta de la Audiencia de Panamá dando cuenta de haberse fundado la Casa de Moneda de aquella ciudad, trata de la expedición de Gonzalo Ronquillo a Filipinas, de la guerra de los negros cimarrones, de la fundación del pueblo de Santiago del Príncipe y otros varios asuntos de gobierno, 1584.

Archivo Nacional de Panamá, t. VIII, doc. 142, Dos cartas del Presidente y de la Audiencia de Panamá dando cuenta de la pacificación de los negros cimarrones y haciendo la historia de estas guerras, Panamá, 20 de abril de 1582.

Catálogo de pasajeros a Indias, vol. 2, Sevilla, Imprenta Editorial La Gavidia, 1940.

Disposiciones complementarias de las Leyes de Indias: Comercio y Contrabando, t. 3, Madrid, Ministerio de Trabajo y Previsión, Imprenta Sáenz Hermanos, 1930.

Íñiguez, Angulo, *Planos de documentos arquitectónicos de América y Filipinas en el Archivo de Indias*, Madrid, Laboratorio de Arte, 1939.

Legislación del Trabajo en los siglos XVI, XVII y XVIII, relación entre la economía, las artes y los oficios en la Nueva España, México, DAAP, 1938.

Novísima Recopilación de las Leyes de España (edición facsimilar de 1807, mandadas formar por Carlos IV), Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1976.

Diccionarios

Ayala, Manuel Joseph de, *Diccionario de gobierno y legislación de Indias*, 4 vols., Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1988.

Arana, Evangelina y Mauricio Swadesh, *Diccionario analítico de Mampruli*, México, SEP, 1967.

Escribe, Joaquín D., *Diccionario razonado de legislación y jurisprudencia*, Madrid, Imprenta Eduardo Cuesta, 1874.

Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Editorial Gredos, 1984, edición facsimilar de 1726.

Presencia africana en Centroamérica
—con un tiraje de 1,500 ejemplares—
lo terminó de imprimir la
Dirección General de Publicaciones
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
en los talleres de Zuaque Impresora, S.A. de C.V.
Tepehuanos núm. 143, C.P. 14430, México, D.F.
en diciembre de 1993

Fotografía de portada: Lilibet Bigott

Diseño y cuidado de la edición:
Dirección General de Publicaciones

El tráfico esclavista que duró casi cuatro siglos, produjo el desarraigo y la deportación de cerca de quince millones de africanos, convertidos en mercancía por efectos de la trata. En América, además de mano de obra, los esclavos negros aportaron una indeleble huella genética y cultural, que constituye la tercera raíz de nuestras poblaciones y nuestras culturas.

Las investigaciones dirigidas a analizar y difundir el papel de los pueblos afroamericanos en el proceso histórico del llamado Nuevo Mundo, han adquirido, en los últimos años, una creciente y merecida importancia en el continente.

En este libro, diferentes especialistas analizan las consecuencias de la esclavitud africana en la región de Centroamérica. Los señalamientos etnoculturales en torno a mulatos, criollos y garífunas o caribes negros, ofrecen un buen punto de partida para comprender los procesos formativos de las sociedades contemporáneas de esa zona.

CLAVES DE
AMÉRICA LATINA
NUESTRA TERCERA RAÍZ



9 789682 956072